

El Republicano

SEMANARIO POLÍTICO
SE PUBLICA LOS DOMINGOS

ANSELMO LORENZO
BIBLIOTECA
ARCHIVO
FUNDACION

AÑO I

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

CAPITAL: Mes, 0'35 ptas. Trimestre, 1 id. Año, 4 id.
FUERA: Trimestre, 1'25 pesetas. Año, 5 id.
EXTRANJERO: Año, 7 pesetas.

PAGO ANTICIPADO

Guadalajara 4 de Abril de 1902

OFICINAS:

PLAZA DE MORENO, 6, PRINCIPAL

Toda la correspondencia se dirigirá al Director de
«El Republicano», apartado de Correos.

TARIFAS DE ANUNCIOS

Esquelas de funeral pequeñas: En 1.ª plana, 6 pesetas; en 3.ª, 3'50 id.; en 4.ª, 2 id. Anuncios, reclamos y comunicados, á precios convencionales.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

NÚM. 9

POR LA PATRIA

Las críticas circunstancias que atravesamos, los sucesos que se avecinan con motivo de la mayor edad de Alfonso XIII, el estado precario y ruinoso del país; esas llagas cancerosas que corroen sus entrañas, hacen preciso, urgente y necesario que todos los republicanos, que todos los patriotas, que todas las clases que trabajan y pagan se unan en apretado haz, como un solo hombre, ingresando en la gran concentración republicana. Establezcamos sólidamente el imperio de la justicia y la moralidad perdidas, hasta hoy en un caos de tinieblas, el gobierno del pueblo por el pueblo, la República española.

Es preciso romper las cadenas con que se sujeta y se pretende mantener en la ignorancia á este sufrido pueblo; es preciso cauterizar las profundas heridas que le devoran y aniquilan; es preciso dignificarle y redimirle de la ignominiosa esclavitud en que le tienen sumergido; es preciso combatir y exterminar esas numerosísimas plantas parásitas que chupan su sangre, esos que ni producen, ni trabajan, ni pagan, y que tranquilamente disfrutan de enormes sueldos y escandalosos privilegios. Si queremos evitar la muerte segura é inmediata de este glorioso pueblo, es preciso que con solidez y base firme establezcamos la República.

Los que pertenecéis á la industria y al comercio ya habéis visto el escarnio, la burla con que los gobiernos monárquicos y la mayoría de las Cortes recibieron el proyecto de presupuesto presentado á las mismas por vuestros representantes los Sres. Paraíso y Alba; y, ¡qué contraste!, mientras se menospreciaban vuestras justas peticiones se votaba un aumento en el presupuesto de gastos de 250.000 pesetas para erigir un monumento á la memoria de D. Alfonso XII.

Los que pertenecéis á la clase agrícola, principal base del edificio social, habéis visto desatendidas vuestras más imperiosas necesidades, hollados vuestros más legítimos derechos, y mientras la langosta invade vuestros campos y destruye las cosechas, los gobiernos del turno, después de negar un crédito en los presupuestos, lo bastante á extinguir esa plaga, lanza sobre vosotros un enorme presupuesto de novecientos millones de pesetas, y, por consiguiente, un aumento crecido en la contribución, sobre las excesivas cuotas que ya pagabais. Si pedis rebaja en la contribución de esa gran parte de viñedos destruidos por la filoxera, y hoy reducidos á terrenos casi improductivos, vuestras peticiones serán desatendidas y seguiréis pagando por una

riqueza que no tenéis. Estos despóticos gobiernos os conducirán, sufridos agricultores, á la ruina, á la miseria más espantosa, y vuestras tierras irán á poder del fisco.

Si queréis redimiros, si queréis tener prosperidad, libertad, cultura y autonomía, venir con urgencia á formar parte de la gran familia republicana, á ingresar en esa gran concentración, á implantar la República, el imperio de la justicia y la moralidad, cumpliendo así sagrados deberes de patriotas á la vez que defendiendo vuestros intereses pisoteados por los gobiernos monárquicos.

Los que pertenecéis á la laboriosa y sufrida clase obrera, los que con rudos trabajos y copiosos sudores ganáis el pan negro con que deficientemente alimentáis á vuestros hijos, habéis visto también que los hombres del poder y la monarquía os desprecian y atropellan, y á vuestras justas peticiones de aumento de salario y disminución de horas de trabajo os contestan con los mañiseros, que casi volvieron vírgenes de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Si anhelaís vuestra redención, respeto á vuestros derechos y justa compensación á vuestro trabajo, sólo lo conseguiréis ingresando en las filas republicanas para implantar en nuestra desventurada España el régimen de justicia, de moralidad y de cultura, estableciendo sobre las ruinas de la monarquía el gobierno del pueblo por el pueblo: la República.

EN BÉLGICA

LA CASA DEL PUEBLO

La Casa del Pueblo, que ocupa uno de los lugares más altos de Bruselas, es el monumento que atestigüa la fuerza y el entusiasmo del pueblo belga.

Los obreros, sin otros medios que las limitadas economías de sus jornales, ayudados por los ingenieros, abogados y artistas, que figuran á su frente como obreros de la inteligencia, han levantado un palacio popular, una catedral moderna, última palabra de la construcción sobria, ligera y resistente de nuestros tiempos, con paredes de ladrillo y sólida armazón de acero como el costillaje de un acorazado.

La Casa del Pueblo es en Bruselas el foco de la protesta revolucionaria, la escuela de los hombres, el hogar de los desterrados de toda Europa y el almacén donde los jornaleros pueden adquirir todo lo necesario para su vida, sin intermediarios que encarecen los productos.

Se han escrito innumerables libros y folletos sobre la cooperativa de la Casa del Pueblo, modelo de todas las del mundo. Despacho de comestibles, bazar de ropas, sombrerería, librería, todo, absolutamente todo lo necesario para la existencia se encuentra en la Casa del Pueblo tras escaparates de gigantescos cristales, casi tan lujosos como los de los almacenes del Louvre ó el Printemps de París; y los obreros belgas, con un jornal inferior al de los franceses, se presentan mejor vestidos, más aseados y revelan en su aspecto sano una alimentación superior á la de los jornaleros de Francia.

El capital que maneja anualmente la cooperativa belga asciende á unos cuatro millones de francos. Sus hornos son los mejores de Bruselas.

Al amanecer, salen los carros de pan tirados por forzudos perros, de la Casa del Pueblo. Cuando los meetings de propaganda se organizan á última hora, los propagandistas no se ven apurados por la falta de medios de publicidad, ni gastan un céntimo en carteles para las esquinas. Fijan los anuncios en los carros de pan y al recorrer éstos los barrios obreros deteniéndose de puerta en puerta para el reparto, convocan mudamente al pueblo á que asista por la noche á la casa social.

El teatro, inmensa sala de espectáculos en la que caben cómodamente sentadas unas 4.000 personas, ocupa todo el quinto piso del edificio. Se sube á él como á un campanario, jadeantes y aturridos por los numerosos ramales de escaleras sabiamente combinadas para que en caso de siniestro pueda desalojarse rápidamente la sala, sin los amontonamientos de la catástrofe.

Al llegar á lo alto y ver la inmensa muchedumbre que llenaba el teatro para oír á sus diputados, no pudimos contener cierto movimiento de inquietud pensando que toda aquella masa de gente estaba casi en el tejado del edificio. Era un meeting ruidoso y agitado, como los que aquí ponen en peligro el más sólido teatro. Pero las construcciones de los belgas tienen tanta firmeza como su carácter, y aquel pueblo que celebra las fraternales reuniones cerca de las nubes y delibera por encima de los tejados de la ciudad, se agitaba en su colosal teatro y pataleaba acompañando los coros de «La Internacional» y «La Carmañola» sin que se conmoviera con la más imperceptible vibración el piso que parecía de roca.

Hago gracia al lector del relato del meeting. Nos aclamaron cinco ó seis mil bocas dando vivas á la España republicana; se agitaron banderas rojas; Furnemont saludó á la España moderna y revolucionaria con tanto entusiasmo como execró la antigua dominación española, de la que quedan como vestigios en Bélgica la supremacía clerical y el fanatismo de los campesinos flamencos. Aparte de esto, el meeting fué igual á casi todos los de aquí. Los oradores hablaron con moderación anunciando la protesta para la semana siguiente, y el pueblo les interrumpió gritando: «¡en seguida!» queriendo ir á la revolución á la salida del meeting.

Al aparecer en el escenario el diputado Vandervelde, la ovación fué inmensa. Es el primer orador del partido revolucionario belga. Su cara morena, de negra barba, es española; pero aun lo es más su oratoria que enardece á los belgas, acostumbrados á los pensadores que razonan, y les hace sentir un latigazo de entusiasmo ante las imágenes de poeta y los párrafos cerrados, rotundos y atronadores del fogoso Vandervelde.

Oyéndolo y siguiendo su gesticulación artística, los escogidos ademanes de su elegante persona, pensaba involuntariamente en la gente cerril de España, lo mismo los burgueses maliciosos, llenos de prejuicios, que los jornaleros ignorantes, de barbarie fomentada por sus opresores, que sólo creen puede ser socialista el que tiene callos en las manos y viste blusa y se imaginan que el buen revolucionario no debe lavarse, vestir bien, ni llevar zapatos nuevos, afectando en su exterior la rústica santidad del ciudadano Nerón.

Vandervelde es el apóstol del socialismo belga; batalla por el pueblo, habla en la Cámara, se expone á los golpes en la calle, y esto no le impide á vestir una elegante levita, en torno de cuyo talle revolotean los corazones de muchas ciudadanas, y... ¡es más! cuando bracea con el ardor de su elocuencia y retrocede el puño derecho de su camisa, queda al descubierto en torno de su muñeca una apretada pulsera de oro, signo de esclavitud amorosa, testimonio de tierna alianza, inventado por la moda inglesa y que denuncia la novela del orador y una hermosa dama que se divorció de su esposo para unirse con el tribuno, siguiéndolo en sus empresas populares. El bosque de la revolución, lóbrego y agitado por dramáticas tempestades tiene á veces un rincón florido, una gruta verde para dar abrigo al idilio.

El meeting acabó en plena revolución. En vano los oradores prometieron aplazar la protes-

ta para la próxima semana si no se discutía la proposición del sufragio universal; en vano los representantes de las sociedades obreras digeron que convenía aguardar unos días á que se proclamase la huelga general; el público entusiasmado, quería hacerlo todo enseguida, y cuando el belga cachazudo y reflexivo abandona su calma, le cuesta volver á ella mucho mucho más que al meridional.

Se imponía la voz de «la joven guardia», el elemento mozo del partido, que se designa á sí mismo con este título de los antiguos ejércitos de Napoleón, todos los menores de veinticinco años que aún no tienen voto, y mientras llega el momento de obtenerlo, se *entretenen*, como nos decía Furnemont, en cambiar garrotazos con la policía y tiros de revolver con los gendarmes.

Descendimos casi en volandas por las anchas escaleras, arrastrados por incandescentes oleadas de aquel torrente humano, y confundidos en la manifestación, bajamos las calles oscuras, silenciosas y desiertas de Bruselas viejo con dirección á los boulevares modernos radiantes de luz.

Los manifestantes iban en luengas filas cogidos del brazo, cantando sus himnos con la precisión y el gusto de los coros de la Gran Opera.

Furnemont, que no es menos artista, tarareaba agarrado á mi brazo, el duo de la primavera de «La Walkiria» con la misma tranquilidad que si estuviera en un entreacto en el gran teatro de la Moneda.

Pasábamos calles y más calles. Los belgas, pesados, tranquilos, con exterior pacífico, canta, que canta, alternando los himnos revolucionarios con vivas al sufragio universal.

—¡Bah!—pensaba yo.—Esto es un pasacalle de estudiantina. Cuatro canciones y á la cama.

Llegamos á los boulevares, y la bandera roja de la manifestación pareció agrandarse agresiva y arrogante á la luz de las farolas eléctricas. De repente cantaron algo más que las voces.

Volaron hechos añicos los cristales de las cerradas redacciones de los diarios monárquicos; cayeron como granizo las piedras sobre las casas de los diputados católicos, mientras la inmensa manifestación, esparciéndose por el centro de la ciudad, saludaba con irreverentes guiños á las ventanas de palacio del príncipe Alberto, sobrino del rey y heredero de la corona.

De todas partes salieron destacamentos de policía, y el boulevard se convirtió en un campo de batalla ¡Vaya con los pacíficos cantores! Ahora acompañaban sus himnos con los revolvers y al primer agente que les salió al paso le metieron una bala por la boca y le salió por un ojo.

Acudió la gendarmería de á caballo con sus grandes gorras de pelo como las de los granaderos de Napoleón; la muchedumbre, cortada en grupos, empujada por las cargas y contestando los sablazos á tiros, se esparció por las calles inmediatas. La policía, al amparo de los caballos, iba arrestando á los manifestantes sueltos en las aceras del boulevard.

—Vámonos—nos dijo Furnemont—ya han visto ustedes bastante. Me quedaré en el hotel para que no estén solos cuando vaya á buscarles la policía. Porque mañana, créanme ustedes, mañana los expulsará el Gobierno.

BLASCO IBÁÑEZ.

¡Levántate y anda!

Tu voz melodiosa, con dulces palabras, al cadáver de Lázaro dijo: —¡Levántate y anda!— Cedió la materia, rehizose el alma, y la forma de Lázaro vivo surgió de la zanja. Los genios cristianos tu epopeya en versículos cantan, y á través de los siglos, nosotros la leyenda guardamos intacta.